

del púlpito, donde los teólogos partidarios de Fra Paolo y de Fra Fulgencio se ocupaban en declamar contra la Santa Sede, exclamaban horrorizados contra el predicante: *¡Ande in malhora!* llenos de una indignación que todo el pueblo participaba. Para encontrar mas la querella, creyeron deber buscar, en una guerra contra Roma, una ocasión de ruptura: para conseguirlo, se armaron ambas partes; y mientras esperaban la hora del combate, disertaron hasta lo infinito. El Pregadi contaba entre sus partidarios á los dos servitas, Fra Fulgencio y Fra Paolo, á los franciscanos Bonicelli, Giordano y Capello, y al elocuente observante Juan Marsilio, quienes, habiéndose insurreccionado contra la autoridad del Pontífice, debían necesariamente hallar un apoyo en todos aquellos á quienes incomodaba el yugo de semejante dominio. Los Jesuitas no estaban allí para defender al jefe de la cristiandad; pero el talento de Belarmino bastó para suplir al número: en sus escritos, casi tan ignorados hoy como los de su antagonista Marsilio, trató de vindicar á la Santa Sede de los ultrajes y calumnias, y en efecto lo consiguió. Estas discusiones semiteológicas y semipolíticas, resonando á lo lejos, habían llegado á poner en alarma á la Europa entera, que, en el fondo de tantos altercados, presenciaba el desarrollo de un cierto principio de independencia. Alarmado Enrique IV, se propuso pacificar la guerra que ya estaba próxima á estallar. Pero tenían otros proyectos los Protestantes. «El embajador de Inglaterra, decia de Fresne «en su correspondencia de 18 de agosto de 1606¹, hace cuanto «puede por fomentar las disidencias que nuestro amo trata de arreglar, y aun se cree que hace grandes ofertas á esta República, «en caso de que persista en mostrarse irreconciliable con Su Santidad, haciéndole una guerra á muerte; alegando además que las «fuerzas de su amo, y de sus amigos los príncipes protestantes, «bastan y aun sobran para arruinar al Papa y á todos sus partidarios.»

Enrique IV, al ofrecer su mediación, había deseado manifestar al sumo Pontífice toda la sinceridad de su regreso á la fe católica, al paso que dar un público testimonio de su afecto á la Compañía de Jesús. Sus embajadores en Roma y en Venecia, especialmente el cardenal de Joyeuse encargado por él de esta negociación, y el cardenal Du Perron, debían obtener á toda costa el

¹ *Cartas y embajada del Sr. Canaye de Fresne*, tomo III, pág. 170.

restablecimiento de la Compañía de Jesús en el territorio de la República, porque á los ojos del Monarca era esta una reparación y una garantía contra las usurpaciones de los herejes. El Senado y el Dux se mostraron favorablemente dispuestos á la conclusión de la paz, aunque rehusaban, por algunas razones secretas, suscribir á la demanda de Enrique y á la de Paulo V. El Consejo de los Diez, conviniendo en todos los otros artículos, solo se mostraba inflexible al tratarse el asunto de la Sociedad de Jesús.

Enrique y Paulo V no cejaban en la idea del restablecimiento de la Compañía; pero viendo el primero que el Dux se resistía, le exigió por medio de su embajador participación de los cargos que pesaban sobre la Orden; á cuya exigencia contestó de Fresne, escribiendo á Villeroy en estos términos: «Imposible me ha «sido de todo punto el ver las informaciones que se han hecho «contra los Jesuitas; pero un senador me ha proporcionado la «copia de una carta que va en este paquete, de una mujer de esta «ciudad que escribia á su marido, y cuyo original ha conservado, «pretendiendo deducir de su contenido que trataron de su- «blevar al pueblo, persuadiéndole que no fuese á la iglesia, y que «se condenaría si obedecía al Senado¹.»

Para un príncipe que acababa de atravesar todas las peripecias de la Liga, debió parecer sin duda muy poco concluyente una imputación lanzada en términos tan vagos. Encargó Enrique al Embajador que se instase con mayor ahinco al Dux, estrechándole á que diese una respuesta mas decisiva; hizolo así, en efecto, y al dar cuenta de su comisión con fecha del 4 de noviembre, se expresó de este modo: «El príncipe me ha contestado que si «en la generalidad de los religiosos cuyo restablecimiento exige «el Papa, se entendían comprendidos los Jesuitas, desde luego «me hacía saber que estos habían sido extrañados perpetuamente por un decreto del Senado, fundado en tan sólidas razones, «que tenia por imposible su revocación. Alegué todos los motivos que pudo sugerirme el afecto con que S. M. honra á los Jesuitas, y los grandes servicios que han prestado y prestan diariamente á la Iglesia; y concluyendo que valia mas castigar á «los que resultasen culpables ó convictos de haber hecho ó dicho «alguna cosa contra la República, sin infamar á una Orden entera, admitida en la cristiandad y aun por todo el mundo, y en la

¹ *Cartas y embajada del Sr. Canaye de Fresne*, tomo III, pág. 186.

« que el número de los inocentes debía ser incomparablemente mayor que el de los culpables. Añadí además, que si bien no tenía instrucciones expresas de mi Soberano para arrogarme la defensa de los Jesuitas, podía afirmar, sin embargo, que mi augusto amo profesa tal afecto á dichos Padres, que difícilmente accedería á que fuesen los únicos excluidos de esta reconciliación; y que lejos de alegrarse de ella, tendría con todo el resto del cristianismo motivos para lamentar y quejarse de la severidad de un Senado, por otra parte tan amigo de la justicia; pudiendo sostener que es inmerecida dicha severidad mientras se apoye en causas no conocidas.»

La Señoría de Venecia persistía en su repulsa, mientras que el Papa exigía como condición primaria el restablecimiento de los Jesuitas, ya que por su causa se habían comprometido; pero el General de la Compañía, que hasta entonces había permanecido neutral, juzgó oportuno intervenir en el negocio. Aquaviva, que vió las inmensas dificultades que se habían suscitado, no queriendo poner con el triunfo de su Orden un obstáculo eterno á la reconciliación, suplicó al Pontífice, por medio del cardenal de Joyeuse, que se dignase renunciar á este artículo. Mas Paulo V, que era amante de la justicia, no consintió en adherirse á los deseos de aquel, hasta que estrechados de nuevo los venecianos explicasen los motivos ocultos de su obstinación. El cardenal de Joyeuse, que estaba destinado á reconciliarlos con la Iglesia, revocando el entredicho, hizo todos los esfuerzos posibles para obtener este resultado; y en una memoria inédita dió cuenta á su soberano Enrique IV de la entrevista que tuvo con el Senado y el Dux, expresándose de este modo:

« Al hablarles de lo que restaba resolver, empecé con la mayor vehemencia por el asunto de los Jesuitas, asegurando que el Papa me había manifestado varias veces que rompería por todo, antes que ceder en este punto; no ya en consideración á los Jesuitas, sino para poder contestar á los que le decían, que abandonando este negocio, rebajaba la dignidad de la Santa Sede.

« Cuando yo respondía á Su Santidad, les dije, que los Jesuitas no habían sido expulsados por razón del entredicho, sino por otras causas particulares, me replicó que todo el mundo veía y creía su expulsión motivada en el entredicho; que muy pocos

« eran los que sabían esos pretendidos motivos, y que aun los que los supiesen no les darían asenso.

« Añadí, que si llegaban á romper el tratado con respecto á este artículo, tendrían contra sí el terrible fallo de todos los príncipes de la cristiandad, los cuales no dejarían de inculparlos y vituperarlos; que la paz hecha sin este requisito vendría á ser un fantasma de paz, una paz en apariencia, pero que en realidad se convertiría en una guerra mas encarnizada que antes; que sus embajadores no encontrarían á su llegada á Roma mas que tristeza y aversión, y el espíritu del Pontífice se hallaría agitado por las enérgicas recriminaciones que le lanzarían todos los días; por último, que se engañaban si estaban persuadidos de poder siempre llegar á tiempo, porque lo que ahora se les admitía como á oro, después no se les admitiría siquiera como á plomo.»

Avistáronse á la mañana siguiente Mocenigo y Badocro con el cardenal de Joyeuse, y le participaron á nombre del Senado « que sus razones habían producido un gran resultado, y habían dispuesto en su favor á los miembros del Colegio; pero que encontraban tan difícil el hacer que el Pregadi adoptase su dictamen, como transportar con sus manos la torre de San Marcos; y que hallándose ligados, como lo estaban, con unas leyes en extremo rígidas, por la sola forma de deliberar sobre esta materia, les parecía que era sinónimo de haber lanzado al mar una piedra, la que se hace imposible de recobrar.»

Esta piedra fue hallada no obstante por Enrique IV. Vamos ahora á profundizar el verdadero objeto de las hostilidades tan perseverantes del Dux, y de los partidarios de Fra Paolo Sarpi. Vamos á aclarar ahora el verdadero objeto de las no interrumpidas hostilidades del Dux, y de los partidarios de Fra Paolo. El 21 de abril de 1607 la república de Venecia se reconcilió con la Santa Sede; y el pueblo agrupándose en derredor del Legado para obtener la absolución pontificia, se deshacía en transportes de júbilo. Al propio tiempo los cabecillas del protestantismo se ocupaban en anudar las tramas que acababa de romper el tratado de paz; tramas que, al mismo tiempo que suministraban la clave del encarnizamiento con que odiaban á los Jesuitas algunos individuos del Senado, servían para demostrar cuán sincera había sido la conversión de Enrique IV. Verdad es que hasta ahora se han encontrado historiadores, que han puesto en duda la buena fe del

monarca francés respecto á su conversion, ó que, apoyados en vagas ase-
rpciones, han opinado que el vencedor de la Liga se ha-
bia quedado tan calvinista como antes; llegando otros hasta ase-
gurar que, si la muerte no hubiese tan temprano cortado el hilo
de sus dias, hubiera legado al mundo el escándalo de una apos-
tasia; y no han faltado tambien algunos católicos que han soste-
nido esta opinion, que respira por todos sus poros la antigua le-
vadura de la Liga. Pero los Protestantes han sido, sin embargo,
mas equitativos, puesto que por boca del mismo Schœll han dado
un testimonio que honra á las dos religiones: «Cualesquiera que
«fuesen, dice ¹, los motivos que en su origen impulsaron á En-
«rique IV á abjurar el culto reformado, al cual se habia mostra-
«do tan adicto, su posterior conducta nos prueba hasta la eviden-
«cia, que habiendo llegado á convencerse de la santidad del que
«abrazaba, fue católico de corazon y de alma hasta el instante de
«su muerte.»

Tan distante estaba Enrique de ser calvinista, y conocia tan
perfectamente los peligros que del calvinismo se originaban á la
cristiandad y á la monarquía, que trató desde luego de oponerse á
sus progresos con toda la fuerza de su política. Nunca habia podido
comprender la obstinacion de Venecia en el asunto del destierro
de los Jesuitas; pero una vez se le manifestó la causa de esta
obstinacion, la echó en cara al Señorío.

Los proyectos de Fra Paolo y Fra Fulgencio habian abortado.
Los herejes, ocultos en las orillas del Adriático, se habian lison-
jeado de que, rehusando acceder á los deseos del Papa y del mo-
narca francés en lo concerniente á los Jesuitas, conservarían lar-
go tiempo las rivalidades, y que acalorando cada vez mas los án-
imos, llegarían á conseguir la separacion tan deseada. La pruden-
cia de Aquaviva desbarató este complot; aunque sin humillar del
todo la arrogancia de los que le habian tramado. Como los Jesui-
tas no estaban ya en el territorio de Venecia para combatir á la
herejía, esta, propagada por ambos Servitas que estaban siempre
en relacion con los Calvinistas ginebrinos y anglicanos, no tar-
dó en levantar la cabeza, y después de haber ganado para sí al
dux Donato y á varios de los senadores, aguardó la hora propicia
de aclimatarse en el país ². Iba ya á sonar esta hora por los años

¹ Schœll, *Curso de historia de los Estados europeos*, tomo 17, pág. 152.

² El conde Daru menciona estos hechos en su *Historia de la república de*

de 1609, cuando previniendo el golpe lanzado á la religion cató-
lica el rey Enrique IV, que seguía con una mirada atenta los ma-
nejos de los Hugonotes, llegó á fuerza de vigilancia á interceptar
su correspondencia; y orientado por ella en las intrigas que el
protestantismo trataba de ocultar á su perspicacia, se apresuró,
como católico celoso, á remitir estos documentos á su embajador
Champigny, quien con fecha 15 de setiembre del mismo año, le
transmitió los resultados de su mision, diciéndole:

«Señor, las secretas cábalas, de las cuales hace ya tiempo que
«tenia noticia, se han manifestado con toda evidencia por medio
«de la carta cuya copia se dignó remitirme V. M., y que llegó á
«mis manos en un tiempo en que calmadas las partes y no tienien-
«do ya cosa alguna sobre que discutir, empezaban á mirarse con
«mejor intencion, y podían tambien mirar con mas tranquilidad
«el peligro á que acababan casi de sustraerse, y en el que, no
«obstante, seria fácil que volviesen á caer si los remedios no hu-
«biesen tenido la virtud de penetrar hasta el fondo del mal.

«Antes de comunicar á nadie dichas cartas, me ha parecido
«conveniente suprimir cierta cláusula demasiado picante, diri-
«gida particularmente á la persona del Dux, por no exasperar

Venecia, aunque no pasa á darles crédito, por parecerle extraordinaria seme-
jante profesion de fe en un sugeto revestido del hábito religioso.

Sin embargo, religiosos fueron ó sacerdotes un Lutero, un Zwinglio, Calvi-
no, Bucero, Carlostadio, Cranmer, Viret, Pedro Mártir y varios otros de sus co-
legas, creadores del protestantismo. Por mas que el historiador ponga en duda
los hechos que refiere, prueban su autenticidad los despachos diplomáticos de
Champigny. «Habiendo sido enviado á Venecia en 1609 un agente del elector
«palatino, con el objeto de negociar en ella en favor de los príncipes protes-
«tantes, hizo extraños descubrimientos, de que dió cuenta en sus partes. Lla-
«mábase el enviado Juan Bautista Linkh, quien habiendo hecho conocimiento
«con un cierto abogado veneciano llamado Pessenti, y observando este que en
«sus entrevistas confidenciales elogiaba Pessenti los reglamentos de los prin-
«cipes alemanes, especialmente los de los Protestantes, le confió que existía
«en Venecia una asociacion secreta, compuesta de mas de mil personas, dis-
«puestas todas á enajenarse de la corte romana; que este número iba cada vez
«mas en aumento; que se contaban en él mas de trescientos patricios de las
«familias mas distinguidas, y que esta sociedad estaba dirigida por los servi-
«tas Fra Paolo Sarpi y su colega Fra Fulgencio.

«Linkh se dirigió al enviado de Inglaterra para saber si esto era así, y ha-
«biéndoselo confirmado este último, se encaminaron juntos á visitar á los dos
«Servitas. Después de haber cumplimentado á Sarpi, porque su fama habia lle-
«gado mas allá de los Alpes, le manifestaron desear que Dios se dignase ben-

« irreconciliablemente á tan poderoso adversario, como por no
« dar á otros motivo para quererse cubrir bajo la égida ducal, y
« á todos un pretexto para difundir algun rumor de consecuen-
« cia, que podria hacer nuestros buenos oficios menos agradables
« á la República.

« Y como en estas cartas se hacia dos veces mencion de los Je-
«suitas, me pareció conveniente, para eliminar hasta la mas le-
«ve sombra de recelo, sobre si esto seria quizás un manejo di-
«plomático para darlas valor, cercenar la primera cláusula, que
« aunque hablaba de ellos, no era sin embargo muy necesaria.

« Hecho esto, y traducidas las cartas al italiano, empecé por
« medio de un antiguo servidor de V. M., por exhibírselas á un
« procurador de San Marcos, cuya adhesion á nuestra causa me
« era bien conocida, el cual se quedó maravillosamente asombra-
«do al saber tal noticia... Hizome observar que durante la Cua-
«resma le habian participado dos capuchinos la existencia de es-
«te ministro de Ginebra residente en la ciudad, el cual se habia
« presentado á Fra Paolo con una esquila del embajador de In-
«glaterra, y que si bien entonces no lo habia creído, ahora des-
« cubria la verdad del hecho. Añadíome ser muy conveniente co-

« decir sus esfuerzos, á lo que contestó Sarpi que se lisonjeaba infinito al saber
« que su nombre se habia divulgado entre los primeros hombres que habian
« abierto los ojos á la verdadera luz. Luego empezó á explicarse respecto á lo
« discordes que se hallaban los teólogos, especialmente en lo respectivo al sen-
« tido de estas palabras: *Hoc est corpus meum*; y habiéndole preguntado Linkh
« con qué medios contaba para llevar á cabo su obra, añadió que eso era me-
« nester dejarlo en manos de Dios; que seria de desear que la Reforma fuese
« primeramente establecida en las provincias alemanas confinantes con el ter-
« ritorio veneciano, especialmente en la Carintia y la Carniola, una vez que
« estaban situadas entre la Istria y el Friuli; que importaba mucho que los
« príncipes protestantes conservasen relaciones mas íntimas con la República;
« que mantuviesen constantemente en ella varios agentes, y que estos ejercie-
« sen las funciones de su culto, porque las declamaciones de los ministros pro-
« ducirian un buen efecto, al paso que abririan los ojos de aquel pueblo que no
« distinguia entre Luteranos y Mahometanos. Años atrás, continuaba Sarpi,
« no se consideraban en esta como cristianos á los hijos de la antigua Albion;
« pero desde que tienen constantemente un embajador, se ha cobrado otra idea
« muy diferente de su religion. Á mas de que no se han apaciguado de tal modo
« las enemistades entre Roma y Venecia, que no hayan quedado algunos re-
« sentimientos de que seria fácil aprovecharse: por último, añadia, que se
« admiraba en gran manera del gran favor que Enrique dispensaba á los Je-
«suitas.»

« comunicar este negocio á los inquisidores del Estado; que todavía
« existian tres católicos rancios á quienes debia dirigirme, y se em-
« peñó encarecidamente en que comunicase estas notas al Cole-
« gio, diciéndome que seria el mayor beneficio que V. M. podia
« hacer á la República.

« Al dia siguiente, después de haberme avistado con otro pro-
« curador de San Marcos, me dijo este que no tendria reposo al-
« guno hasta que el referido asunto fuese publicado y comunica-
« do al Colegio; que estaba convencido de que algunos senadores
« no tomarian muy á bien esta noticia; pero que la mayor parte
« de ellos tratarian de aprovecharse de ella.

« El 12 del actual fui admitido á la audiencia, á la cual no asis-
« tió el Dux por hallarse indispuerto. Cuando me tocó el uso de
« la palabra, dije, entre otras cosas, que contando V. M. con la
« buena intencion del Señorío, se habia prometido siempre que
« no sucederia aquí cosa alguna capaz de interesar al bienestar
« de su reino, sin que al momento se la participasen con toda
« sencillez, persuadido de que semejantes comunicaciones eran
« un deber de la amistad: que un príncipe, no solo con su propia
« prevision, sino tambien con los sabios y diligentes avisos de
« sus amigos, como con otros tantos ojos vigilantes, llegaba á des-
« cubrir toda especie de arcanos, y á poner un remedio oportuno
« y á sazón, á toda clase de enfermedades sociales; que esto ve-
« nia á ser tanto mas necesario entre amigos, cuanto que así co-
« mo siempre se trata de ocultar con toda sagacidad los asuntos
« á los que les tocan mas de cerca, así tambien muchas veces su-
« cede que es el último á descubrir la verdad quien debiera sa-
« berla el primero.

« Advertiles que no queriendo V. M. faltar por su parte á cuan-
« to se habia prometido del Señorío, y habiendo llegado á descu-
« brir por medio de ciertas cartas escritas desde Ginebra por un
« ministro de aquel país á otro ministro francés, una intriga se-
« creta que se tramaba en Venecia con perjuicio de la religion ca-
« tólica y de la feliz tranquilidad de esta República, me habia en-
« viado copia, cuya lectura podria declarar mejor que mis pala-
« bras lo que se trataba; que aun cuando V. M. no podia creer lo
« que en ella se decia de la nobleza veneciana, las transmitia, sin
« embargo, escritas en estos términos, porque, sabiendo bien por
« quién estaban trazadas y á quién iban dirigidas, podia respon-

«der de su autenticidad; por último, que yo las había traducido
«por mí mismo al italiano palabra por palabra.

«En seguida puse en manos del protonotario del Colegio to-
«das las copias, y en tanto que este las leyó en alta voz, pude ob-
«servar una gran emoción en los semblantes de la mayor parte
«de aquellos señores.

«Y tomando el vicedux la palabra, después de haberme escu-
«chado con gran atención, se extendió cuanto pudo en su discurs-
«so respecto á las grandes pruebas que V. M. había dado siempre
«á la República de su franca y leal amistad; añadiendo, que este
«noble y señalado servicio que acababa de prestarles en nombre
«de V. M., les obligaría, no solo á ellos, sino también á sus des-
«cendientes, á conservar un eterno recuerdo; que las aprecia-
«ban de todo su corazón, y daban á V. M. las mas afectuosas gra-
«cias; y esperaban de la bondad de Dios que se dignaría conser-
«varlos en su primitiva religión; concluyendo con asegurarme,
«que á la mayor brevedad presentarían al Senado este negocio.

«Jamás servicio alguno fue mejor recibido del Pregadi: cual-
«quiera hubiese dicho al observar el consentimiento, ó por me-
«jor expresarme, la casi universal aclamación de este cuerpo,
«que V. M., Señor, había sobrepasado el colmo de todas las obli-
«gaciones que le debía la República. Todos reconocían agrade-
«cidos que V. M. les había proporcionado el reposo, y dádoles
«la paz por medio del tratado; pero que á pesar de eso, reputa-
«ban aun mayor este último servicio. Concorde tres senadores
«me lo han contado en los propios términos, manifestándome que
«en todo el Senado no se oía otra cosa mas que bendiciones á
«V. M., acompañadas de una firme resolución de poner un coto
«á semejantes manejos, y de consolidar enteramente la religión
«de sus mayores; añadiendo, que si algunos estaban interesados
«en sentido contrario, la parte mas sana sabría adoptar los me-
«dios conducentes. Han tomado además cierta medida secreta,
«haciéndoles jurar á todos los asistentes de no revelarla... Creo
«que tratan de descubrir los sujetos que trataron con el referido
«ministro mientras estuvo aquí; y la prueba de ello es, que el je-
«fe del Consejo de los Diez me ha remitido algunos de los indivi-
«duos de aquel cuerpo, con el objeto de pedirme con muchas
«instancias que les declarase si había algunos nombres en las in-
«dicadas cartas.

«En suma, puedo asegurar á V. M. que esta acción le ha gran-
«jeado mas gloria, y ha hecho mas bien á la Religión y á la tran-
«quilidad de este Estado, que el que nadie hubiera osado prome-
«terse; y cuando el Pontífice sepa la verdad entera, no podrá
«menos de convenir en que después de Dios, debe á V. M. el
«restablecimiento de su autoridad en un paraje tan importante.»

En este complot se halla contenida la causa del destierro de la
Sociedad de Jesús, que había llegado á ser el coco del calvinis-
mo: antes de levantar la cabeza en las márgenes del Adriático, se
había propuesto abismar á los Jesuitas, sus formidables antago-
nistas, y lo llegó á conseguir; pero si pudo lisonjearse de haber
realizado su obra, contando con la opinión de Enrique IV; este
no tardó en demostrarles que sabía desbaratar sus planes. Como
las proscripciones á perpetuidad son revisadas siempre por las
generaciones sucesivas, los Jesuitas fueron otra vez restablecidos
en Venecia cincuenta y un años después del decreto de ostracis-
mo perpetuo, sancionado en 1606. Habíase ya extinguido hasta
el recuerdo del calvinismo; Fra Paolo y su colega Fra Fulgencio
se habían hundido en la tumba, y ya no quedaban mas que cató-
licos en el territorio de la República.

No satisfecho Enrique con proteger á los hijos de Loyola resi-
dentes en su reino, los sostenía en el exterior, y solo anhelaba la
propagación de su Instituto. Con aquella activa prudencia que
siempre desplegó en el trono, se le veía continuamente ocupado
en engrandecerla, porque esto era á sus ojos sinónimo de otorgar
á la educación una preeminencia indispensable. Mucho había he-
cho ya por la Compañía, pero entraba en sus cálculos el exceder
á su misma voluntad. La sexta congregación general, que se ce-
lebró en Roma durante estos incidentes, probó hasta la eviden-
cia que el Monarca francés ni era injusto ni ingrato para con la
Sociedad. El 21 de febrero de 1608 dió principio á sus sesiones
por orden de Aquaviva una nueva asamblea de profesos, cuyo
número ascendía al de sesenta y cuatro, la cual promulgó cua-
renta y siete decretos. El primero, que concierne á la Francia, se
reduce á cumplir una deuda de gratitud que la Orden entera te-
nia para con esta nación, y una esperanza que manifiesta. Des-
pués que leyó Aquaviva, en presencia de los individuos que com-
ponían la congregación, la carta que le había remitido Enrique,
decretaron por unanimidad que se nombrase un quinto asistente,